



S. S. JUAN PABLO I

PRIMER RADIOMENSAJE A LA IGLESIA Y AL MUNDO

El día 27 de agosto de 1978, al término del Cónclave en que fue elegido Papa, el Santo Padre Juan Pablo I pronunció el siguiente discurso:

Venerables hermanos, queridos hijos e hijas de todo el orbe católico:

Llamado por la misteriosa y paterna bondad de Dios a la gravísima responsabilidad del supremo pontificado, os enviamos nuestro saludo e inmediatamente lo extendemos a todos los hombres del mundo que nos escuchan en este momento, y en los cuales, según las enseñanzas del Evangelio, nos gusta ver únicamente a amigos, a hermanos. A todos vosotros, mi saludo, paz, misericordia, amor: "*Gratia Domini nostri Iesu Christi et caritas Dei et communicatio Sancti Spiritus sit cum omnibus vobis*" (2 Cor 13,13).

Tenemos todavía el ánimo abatido por el pensamiento del tremendo ministerio para el que hemos sido elegido. Como Pedro, nos parece haber puesto el pie sobre las aguas movilizadas y, agitados por el viento impetuoso, hemos gritado con él al Señor: "*Domine, salvum me fac*" (Mt 14,30). Pero hemos sentido dirigida también a nosotros la voz, alentadora y, al mismo tiempo, amablemente exhortadora de Cristo: "*Modicae fidei, quare dubitasti?*" (Mt 14,31). Si las fuerzas humanas, por sí solas, no pueden ser suficientes ante un peso tan grande, la ayuda omnipotente de Dios, que guía a su Iglesia a través de los siglos en medio de tantas contradicciones y contrariedades, no nos faltará ciertamente también a nosotros, humilde y último *Servus servorum Dei*. Teniendo nuestra mano en la de Cristo, apoyándonos en él, hemos



subido también nosotros al timón de esta nave, que es la Iglesia, estable y segura, incluso en medio de las tempestades, porque tiene consigo la presencia reconfortante y dominadora del Hijo de Dios. Según palabras de San Agustín, que recoge una imagen grata a la antigua patristica, la nave de la Iglesia no debe temer, porque está guiada por Cristo y su Vicario: "Quia etsi turbatur navis, navis est tamen. Sola portat discipulos et recipit Christum. Periclitatur quidem in mari, sed sine illa statim peritur" (Sermo 75,3; PL 38,475). Sólo en ella está la salvación: *sine illa peritur!*

Con esta fe procederemos. La ayuda de Dios no nos faltará según su indefectible promesa: "Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi" (Mt 28,20). Vuestra unánime respuesta y la colaboración generosa de todos hará más ligero el peso del deber cotidiano. Nos preparamos para esta tremenda misión con la conciencia de que la Iglesia católica es insustituible, cuya inmensa fuerza espiritual es garantía de paz y de orden, y como tal está presente y es reconocida en el mundo. El eco que su vida suscita cada día testimonia que, a pesar de todo, está viva en el corazón de los hombres, incluso de aquellos que no comparten su mensaje. Como ha dicho el Concilio Vaticano II, sobre cuyas enseñanzas queremos basar todo nuestro ministerio de sacerdote, de maestro y de pastor, "debiéndose extender a toda la tierra, la Iglesia entra en la historia de los hombres, pero, al mismo tiempo, trasciende los tiempos y los confines de los pueblos. En las tentaciones de su camino, la Iglesia está sostenida por la fuerza de la gracia de Dios, que le ha sido prometida por el Señor, para que por la debilidad humana no se debilite la fidelidad perfecta, sino que permanezca digna esposa de su Señor y no cese de renovarse bajo la acción del Espíritu Santo, a fin de que, a través de la cruz, llegue a la luz que no conoce ocaso" (*Lumen Gentium*, 9). Según los planes de Dios, que "ha convocado a todos aquellos que miran con fe a Jesús, autor de la salvación y principio de unidad y de paz", la Iglesia ha sido querida por él "para que sea para todos y para cada uno sacramento visible de esta unidad salvífica" (*Ibid.*).

Con esta luz, nos entregamos enteramente, con todas nuestras fuerzas físicas y espirituales, al servicio de la mi-



sión universal de la Iglesia, que es lo mismo que decir al servicio del mundo, es decir, al servicio de la verdad, de la justicia, de la paz, de la concordia, de la colaboración internacional, así como en las relaciones entre los pueblos. Ante todo, llamamos a los hijos de la Iglesia a tomar conciencia cada vez mayor de su responsabilidad: "Vos estis sal terrae, vos estis lux mundi" (Mt 5,13s.). Superando las tensiones internas que se han podido crear aquí y allá, venciendo las tentaciones de acomodarse a los gustos y costumbres del mundo, así como a las seducciones del aplauso fácil, unidos por el único vínculo del amor que debe informar la vida íntima de la Iglesia, como también las formas externas de su disciplina, los fieles deben estar dispuestos a dar testimonio de la propia fe ante el mundo: "Parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea, quae in vobis est, spe" (1 Pet 3,15).

La Iglesia en este esfuerzo común de responsabilidad y de respuesta a los acuciantes problemas del momento, está llamada a dar al mundo aquel *suplemento de alma* que desde tantas partes se desea, y que sólo él garantiza la salvación. Esto es lo que espera hoy el mundo. El sabe bien que la sublime perfección a la que ha llegado con sus investigaciones y con sus técnicas ha alcanzado un punto culminante, más allá del cual está el vértigo del abismo: la tentación de suplantar a Dios, con la decisión autónoma que prescinde de las leyes morales, lleva al hombre moderno al riesgo de convertir la tierra en un desierto, la persona humana en un autómatas, la convivencia fraterna en una colectivización planificada, introduciendo más de una vez la muerte allí donde, en cambio, Dios quiere la vida.

La Iglesia, llena de admiración y amorosamente dirigida hacia las conquistas humanas, pretende, no obstante, salvaguardar el mundo, sediento de vida y de amor, de las amenazas que le acechan. El Evangelio llama a todos sus hijos a poner todas sus fuerzas, e incluso su vida, al servicio de los hermanos en el nombre de la caridad de Cristo: "Maiorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis" (Ioh 15,13). En este momento solemne pretendemos consagrar todo lo que somos y podemos a este fin



supremo, hasta el último aliento, conscientes del encargo que Cristo mismo nos ha confiado, “confirma fratres” (Lc 22,32).

Para darnos fuerza en esta ardua tarea, nos conforta el recuerdo suavísimo de nuestros predecesores, cuya amable dulzura e intrépida fuerza nos servirá de ejemplo en el programa papal. Recordamos en particular las grandísimas lecciones de gobierno pastoral que nos dejaron los papas más cercanos a nosotros, como Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, que con su sabiduría, dedicación, bondad y amor a la Iglesia y al mundo han dejado una huella imborrable en nuestro tiempo atormentado y magnífico. Pero, sobre todo, es al llorado Pontífice Pablo VI, nuestro inmediato predecesor, a quien va la efusión conmovida del corazón y de la veneración.

Su rápida muerte, que ha dejado atónito al mundo, con el estilo de los gestos proféticos de que ha sembrado su inolvidable pontificado, ha esclarecido la estatura extraordinaria, a pesar de las contradicciones y la hostilidad, alcanzada en estos quince años, y la obra gigantesca, infatigable, ininterrumpida que él puso en la realización del Concilio y en asegurar al mundo la paz, “tranquillitas ordinis”.

Nuestro programa consistirá en continuar el suyo dentro del surco marcado ya con tanta aceptación por el gran corazón de Juan XXIII:

— Queremos continuar la puesta en práctica de la herencia del Concilio Vaticano II, cuyas normas llenas de sabiduría deben seguir llevándose a la práctica, velando para que el esfuerzo generoso, pero acaso imprudente, no llegue a tergiversar sus contenidos y significados y, del mismo modo, para que no haya fuerzas de freno o de timidez que detengan su magnífico impulso de renovación y de vida.

— Queremos conservar intacta la gran disciplina de la Iglesia en la vida de los sacerdotes y los fieles tal como la ha mantenido a través de siglos la acreditada riqueza de la Iglesia con ejemplos de santidad y heroísmo, tanto en la práctica de las virtudes evangélicas como en el servicio a los pobres, los humildes y los indefensos. Con este fin llevaremos adelante la revisión de los dos Códigos de Derecho Canónico, el de la tradición oriental y el de la latina, para asegurar a la savia interior de la santa libertad de los hijos de Dios la solidez y la firmeza de las estructuras jurídicas.



— Queremos recordar a toda la Iglesia que la evangelización sigue siendo su principal deber, cuyas líneas maestras condensó nuestro predecesor, Pablo VI, en un documento memorable. Animada por la fe, alimentada por la caridad y sostenida por el alimento celestial de la Eucaristía, la Iglesia debe estudiar todos los caminos, procurarse todos los medios, *opportune, importune* (2 Tim 4,2), para sembrar la palabra, proclamar el mensaje, anunciar la salvación que infunde en el alma la inquietud de la búsqueda de la verdad y la sostiene con la ayuda de lo Alto en esta búsqueda. Si todos los hijos de la Iglesia fueran misioneros incansables del Evangelio brotaría una nueva floración de santidad y de renovación en este mundo sediento de amor y de verdad.

— Queremos proseguir el esfuerzo ecuménico que consideramos como encargo supremo de nuestros predecesores inmediatos, velando con fe inmutable, con esperanza invencible y con indeclinable amor por la realización del mandamiento de Cristo: “*Ut omnes unum sint*” (Ioh 17,21), en el que vibra el ansia de su corazón la víspera de la inmolación en el Calvario. Las mutuas relaciones entre las Iglesias de distintas denominaciones han realizado progresos constantes y extraordinarios, que están a la vista de todos. Sin embargo, es verdad que la separación no deja de seguir siendo ocasión de perplejidad, de contradicción y de escándalo a los ojos de los no cristianos y de los no creyentes. Por ello, nos proponemos dedicar nuestra atención y reflexión a todo lo que pueda favorecer la unión, sin concesiones doctrinales, es verdad, pero también sin vacilaciones.

— Deseamos proseguir con paciencia y firmeza el diálogo sereno y constructivo que Pablo VI, nunca bastante llorado, fijó como fundamento y programa de su acción pastoral, dando las líneas maestras de dicho diálogo en la encíclica “*Ecclesiam suam*” para el conocimiento mutuo, de hombre a hombre, incluso con quienes no comparten nuestra fe, dispuestos siempre a darles testimonio de la fe que hay en nosotros y de la misión que Cristo nos ha confiado, “*ut credat mundus*” (Ioh 17,21).

— Queremos, por fin, alentar todas las iniciativas laudables y buenas para tutelar e incrementar la paz en este mundo turbado, llamando a colaborar a todos los hombres



buenos, justos, honrados, rectos de corazón, para detener dentro de las naciones la violencia ciega que destruye y siempre ruina y luto, y en la vida internacional, para guiar a los hombres a la mutua comprensión, a la unión de los esfuerzos que impulsen el progreso social, vengán el hambre corporal y la ignorancia del espíritu, promuevan la elevación de los pueblos nuevos dotados de bienes de fortuna, pero al mismo tiempo ricos en energías y en voluntad.

Hermanos e hijos queridísimos:

En esta hora trepidante para mí, pero confortada por las promesas divinas, dirigimos nuestro saludo a todos nuestros hijos. Desearíamos tenerlos aquí a todos para mirarles a los ojos y para abrazarlos, infundiéndoles valor y confianza, y pidiéndoles comprensión y oración para nosotros.

A todos nuestro saludo:

A los Cardenales del Sacro Colegio, con los que hemos compartido horas decisivas y con los que contamos ahora y para el futuro, agradeciéndoles su consejo lleno de sabiduría y honda colaboración que querrán seguir ofreciéndonos como prolongación del consenso amplio que, por voluntad de Dios, nos ha traído a esta cumbre del oficio apostólico.

A todos los Obispos de la Iglesia de Dios, "que representan a su iglesia particular y, juntos todos con el Papa, representan a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad" (*Lumen Gentium*, 23), y a cuya colegialidad queremos dar valor especial, valiéndonos de su trabajo en el gobierno de la Iglesia universal, sea mediante el Sínodo, sea a través de las estructuras de la Curia, de las que forman parte según las normas establecidas.

A todos nuestros colaboradores, llamados a la realización cercana de nuestra voluntad y al honor de una actividad que les compromete a llevar una vida de santidad, con espíritu de obediencia, con obras de apostolado, con un amor a la Iglesia ejemplar, muy fuerte. Los amamos uno a uno y les pedimos continúen prestándonos a Nos, como a nuestros predecesores, su fidelidad a toda prueba. Estamos seguros de



poder contar con su precioso trabajo, que nos servirá de gran ayuda.

Saludamos a los sacerdotes y fieles de la diócesis de Roma. A ellos nos une la sucesión de Pedro y el oficio único y singular de esta cátedra romana “que preside en la caridad universal”.

Saludamos después, de modo especial a los miembros de las diócesis de Venecia y Belluno, que nos habían sido confiados como hijos afectuosos y queridos, en los que pensamos ahora con nostalgia sincera, recordando sus magníficas obras eclesiales y las energías que hemos dedicado juntos a la buena causa del Evangelio.

Y abrazamos también a todos los sacerdotes, especialmente a los párrocos y a cuantos se dedican al servicio directo de las almas, en condiciones de penuria muchas veces o de auténtica pobreza, pero sostenidos al mismo tiempo luminosamente por la gracia de la vocación y por el seguimiento heroico de Cristo “pastor de nuestras almas” (cfr. 1 Pet 2,25).

Saludamos a los religiosos y las religiosas, de vida contemplativa o activa, que siguen irradiando en el mundo el encanto de su adhesión intacta a los ideales evangélicos, y les rogamos que continúen “aplicando toda solicitud para que por medio de ellos la Iglesia pueda presentar cada día mejor a Cristo, a los fieles y a los infieles (*Lumen Gentium*, 46).

Saludamos a toda la Iglesia misionera y enviamos a los hombres y a las mujeres que en la vanguardia de la evangelización se dedican a atender a los hermanos, nuestro aliento y nuestra felicitación más afectuosos. Sepan que entre todos aquellos a quienes amamos, ellos nos son especialmente queridos. Nunca los olvidamos en nuestras oraciones y en nuestra solicitud, porque tienen un puesto privilegiado en nuestro corazón.

A las asociaciones de Acción Católica, así como a las diversas organizaciones de apostolado, que contribuyen con energías nuevas a la vivificación de la sociedad y a la “consecratio mundi” como levadura en la masa (cfr. Mt 13,33), va todo nuestro aliento y nuestro apoyo para que estén convencidos de que su obra, en la colaboración con la sagrada jerarquía, es hoy indispensable para la Iglesia.



Y saludamos a los jóvenes, esperanza de un mañana más limpio, más sano, más constructivo, para que sepan distinguir el bien del mal y llevarlo a cumplimiento con las energías frescas que poseen, para la vitalidad de la Iglesia y el futuro del mundo.

Saludamos a las familias, que son “el santuario doméstico de la Iglesia” (*Apostolicam Actuositatem*, 11), más aún, son una verdadera y propia iglesia doméstica (*Lumen Gentium*, 11), en la que florecen las vocaciones y las decisiones santas y se prepara el mañana del mundo. Queremos oponernos a las ideologías destructoras del hedonismo que ataca la vida y formar energías pujantes de generosidad, de equilibrio, de dedicación al bien común.

Además queremos enviar un saludo particular a cuantos sufren en el momento presente: a los enfermos, a los prisioneros, a los exiliados, a los perseguidos, a cuantos no logran tener un trabajo o carecen de lo necesario, a los que no pueden profesar libremente su fe católica sino a costa de sus derechos primordiales de hombres libres y de ciudadanos solícitos y leales. Pensamos de modo particular en la atormentada tierra del Líbano, en la situación de la tierra de Jesús, en la faja de Sahel, en la India, tan probada, y en todos aquellos hijos y hermanos que sufren dolorosas privaciones, sea por las condiciones sociales y políticas, sea por las consecuencias de desastres naturales.

Hombres, hermanos de todo el mundo, todos estamos empeñados en la tarea de elevar al mundo a una justicia cada vez mayor, a una paz más estable, a una cooperación más sincera. Por eso invitamos y suplicamos a todos, desde los más humildes órdenes sociales que forman el tejido de las naciones, hasta los jefes responsables de cada uno de los pueblos, a hacerse instrumentos eficaces y responsables de un orden nuevo, más justo y más sincero.

Un alba de esperanza flota sobre el mundo, aunque una capa espesa de tinieblas con siniestros relámpagos de odio, de sangre y de guerra amenaza a veces con oscurecerla. El humilde Vicario de Cristo, que comienza con confianza su misión, se pone a disposición total de la Iglesia y de la sociedad civil, sin distinción de razas o ideologías, para garantizar al mundo el amanecer de un día más sereno y más



dulce. Solamente Cristo podrá hacer brotar la luz que no se oculta, porque El es el "sol iustitiae" (cfr. Mal 4,2); pero El cuenta también con el esfuerzo de todos. El nuestro no faltará.

Pedimos a todos nuestros hijos la ayuda de su oración, ya que sólo en ella nos apoyamos; y así nos abandonamos confiados a la ayuda del Señor, quien, al igual que nos ha llamado a la tarea de ser representante suyo en la tierra, no permitirá que nos falte su gracia omnipotente.

Que María Santísima, Reina de los Apóstoles, sea la estrella resplandeciente que guíe nuestro Pontificado.

Que San Pedro, "fundamento de la Iglesia" (San Ambrosio, "Exp. Ev. sec. Lucam", IV, 70: CSEL 32,4, p. 175), con su ejemplo de fe incommovible y de humana generosidad, nos asista con su intercesión.

Que San Pablo nos guíe con su ímpetu apostólico abierto a todos los pueblos de la tierra.

Y que nuestros santos Patronos nos asistan.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, impartimos al mundo nuestra primera y afectuosísima bendición apostólica".

(Traducción preparada por la Redacción de *Scripta Theologica* sobre el original latino publicado en *L'Osservatore Romano*, 28-VIII-1978).